



Revista Infantil Nacional
Publicada por la

FILIAL DE ANDE

Cantón Central de Heredia

Directora:

EVANGELINA GAMBOA

Tel. 124 - Heredia

Administración:

MARIA CRISTINA MARTINEZ

EMMA MORALES

Heredia — Costa Rica

Sumario:

San Agustín	1
Canción de los pájaros de barro	2
Saludo a la aurora	3
El pájaro que habla, el árbol que canta, y la fuente amarilla	4
El baño de la muñeca	7
Los tres chanchitos	8
Anoche cuando dormía	11
¿Cómo aparecieron los primeros seres vivos en la tierra?	12
Tío Conejo comerciante	14
Los Niños hablan	15
Canción de Mayo	16

MAYO 1952

NUMERO 2

Maderas: Francisco Amighetti.

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

VALE:

¢ 0.20

Canción de los pájaros de barro

Por el sol del sendero
va el Niño Dios, descalzo.
Circunda su cabeza
un resplandor dorado.

La prolongada túnica
ondula en pliegues mansos,
y el sigiloso pie
desnuda a cada paso.

Se empina, para verlo
pasar, el trébol cándido,
la hormiga se detiene
junto al escarabajo.

Entre un corro de niños
Jesús se ha arrodillado,
y pájaros de arcilla
modela con sus manos.

Olvidado del mundo,
moldea el niño el barro,
y los pájaros, vivos,
se le escapan volando.

El asombro suspende
su aliento, abre sus párpados.
Los niños palmotean.
Fué éste el primer milagro.

No está escrito en los textos,
pero corre en los labios.

C. Cordova Iturburu.

Saludo a la aurora

Omar Dengo.

¡Salve, Aurora, rosa del cielo, símbolo de todo renacimiento!

¡Salve, ave del Sol, portadora de la Luz!

¡Surge y resplandece, en la montaña y en el mar, coronándolos de oro, y lleva a la vida del Hombre el ritmo de tus liras de luz!

¡Tú eres el Himno de la energía universal hecho fulgor!

¡La tierra se alza conmovida cual enorme cabeza sedienta de infinito, a recibir tu beso redentor!

Eres la madre ¡oh Aurora! de los que en el mundo pertenecemos al linaje de la luz.

¡Dáenos el ser creadores!

¡Dáenos el comprender los misterios del Cosmos!

¡Dáenos el penetrar en nuestros destinos!

Dáenos el privilegio de saber que somos artífices de la evolución del mundo en el taller de nuestras almas; y concédenos que, sabiéndolo, podamos reflejarte, maravillosa como eres, en las primaveras de nuestro corazón.

Dáenos el adornar nuestra cabellera con un destello de tu plumaje de estrellas, para que alrededor nuestro, la vida sea luminosa.

De ti nos viene la Luz, y sentimos que en ella flota una infinita capacidad de perfección, la cual, requiriendo un impulso de todas las fuerzas de nuestro sér, tórnase en nosotros en una potente agitación de ideales.

Por eso, madre resplandeciente, te pedimos que, dejándonos seguir el ritmo de tu fulgor divino, nos permitas aspirar a ser, sobre la noche, de todos los errores, la aurora eterna del Espíritu!



El pájaro que habla, el árbol que canta y el agua de oro

Hubo en otro tiempo un Sultán de Persia, llamado Koruscha, al que agradaba recorrer de noche, disfrazado, las calles de su ciudad en busca de lances y aventuras. Una noche conoció a una muchacha de familia humilde, pero tan discreta y hermosa, que se prendó ciegamente de ella y decidió hacerla su esposa, celebrándose poco después las bodas, faustosamente.

Las dos hermanas de la elegida, llenas de celos y envidia, resolvieron vengarse de la nueva Sultana a toda costa. Y valiéndose de toda clase de intrigas consiguieron apoderarse del primer hijo que tuvo su hermana, arrojando al recién nacido dentro de una cesta, en el canal que pasaba por los jardines de palacio. Luego fueron a ver al Sultán y le dijeron que su hermana había dado a luz un gato. Mucho se dolió el Sultán al recibir tan triste noticia, y mandó que sobre ello se guardara el mayor secreto.

Pero una feliz casualidad salvó la vida del inocente niño. El intendente de los jardines, que llevaba largos años casado sin tener hijos, vió la cesta flotando en el agua, la recogió, y al hallar al hermoso recién nacido decidió llevarlo a su casa, buscarle una nodriza y criarlo como si fuera hijo suyo.

Al año siguiente la Sultana dió a luz otro príncipe, y las perversas hermanas lo colocaron también en otra cesta y lo arrojaron al canal, diciendo al Sultán que su hermana había dado a luz a un nuevo monstruo. Afortunadamente, el niño fué recogido del mismo modo por el intendente de los jardines.

Finalmente, la Sultana dió a luz una hermosa princesa, y la inocente criatura corrió la misma suerte que sus hermanos, siendo arrojada al canal y recogida por el intendente.

El Sultán desesperado por tanta desgracia, concibió un gran odio contra la Sultana, y ordenó al Gran Visir que la hiciese encerrar en una jaula de madera, vestida con groseras telas, y que quedara expuesta así al escarnio público en la puerta de la mezquita.

El intendente crió a los príncipes con ternura paternal, que aumentaba a medida que crecían en edad y revelaban todos ingenio extraordinario, y la princesa una belleza sorprendente.

Los tres hermanos, llamados ellos Bamán y Perviz, y la princesa, Parizada, estudiaron con un preceptor, geografía, poesía, historia y ciencias; haciendo tales progresos en poco tiempo, que pronto aventajaron a su maestro. También aprendieron toda clase de juegos: montar a caballo, cazar, danzar y arrojar la jabalina. Así crecieron y se educaron aquellos príncipes, alegrando los últimos años del buen intendente, al que creían su padre, el cual murió sin revelarles el secreto de su nacimiento, dejándoles herederos de sus riquezas, de una magnífica casa de campo rodeada de jardines y un ancho bosque lleno de ciervos y leones.

Un día en que los dos príncipes habían salido de caza y Parizada quedó sola en el palacio, llegó una peregrina musulmana rogándole que le permitiera entrar para hacer sus oraciones. La princesa la atendió solícitamente, dándole la hospitalidad que manda la ley y ofriciéndole presentes y agasajos. Cuando la anciana iba a retirarse, agradecida por tantas atenciones, dijo a la princesa:

Señora, vuestra casa es espléndida, alhajada con magnificencia y situada en un paraje encantador. Sólo tres cosas le faltan para ser el más delicioso palacio del mundo.

—¿Y qué cosas son ésas, mi buena madre?—preguntó Parizada.

—El pájaro que habla, el árbol que canta y el agua amarilla de color de oro, de la cual basta una sola gota para hacer un surtidor que jamás se consume.

—Hermosas cosas son ésas, mi buena madre. Pero ¿cómo saber dónde se hallan?

—Las tres se hallan juntas en el mismo lugar, en los confines de este reino. La persona que quiera encontrarlas no tiene más que caminar veinte días sin descanso, siguiendo siempre el camino que pasa por delante de esta casa. Al cumplirse los veinte días encontrará a un anciano, y él le dirá dónde se hallan las tres maravillas.

Y dicho esto desapareció.

Hondamente preocupada quedó la princesa con esta revelación, y en cuanto regresaron sus hermanos les contó todo

lo sucedido. El príncipe Baman se levantó de repente, diciendo que había resuelto ir en busca del pájaro, del árbol y del agua de oro para tener el placer de regalárselos a su hermana. De nada sirvieron las palabras y ruegos de sus hermanos para hacerle desistir de tan arriesgada empresa. En un momento hizo Baman sus preparativos, y al despedirse entregó a su hermana un cuchillo envainado diciéndole:

—Mira de vez en cuando la hoja de este cuchillo. Mientras la veas brillante, nada temas. Pero si ves que se empaña y gotea sangre será que alguna desgracia me ha ocurrido. Lloro entonces por mí.

Y abrazando a sus hermanos por última vez el valeroso Baman montó a caballo y se alejó en línea recta por el camino que la anciana había indicado.

Atravesó toda la Persia, y al cumplirse los veinte días encontró a un anciano de larga barba blanca, sentado bajo un árbol, cubierto con una mísera estera y tocado con un sombrero de anchas alas en forma de quitasol. Era un sabio derviche retirado de las vanidades del mundo.

El príncipe echó pie a tierra y le habló así:

—Buen derviche: vengo de lejanas tierras en busca del pájaro que habla, el árbol que canta y el agua de oro. ¿Podrías indicarme dónde se encuentran?

—Señor—respondió el derviche—, conozco ese lugar. Pero el peligro a que vais a exponeros es inmenso. Muchos valerosos caballeros han pasado por aquí y me han hecho la misma pregunta, y ni uno solo ha vuelto de la atrevida empresa. No sigáis adelante; volvedos a vuestro país.

—No conozco el miedo, ni me importan los peligros. Os suplico que me indiquéis el camino.

Viendo el derviche que de nada servían sus prudentes consejos, sacó una bola brillante que tenía junto a sí y la presentó al joven.

—Tomad esta bola—le dijo—. Echadla a rodar y seguid tras ella hasta la falda del monte donde se pare. Bajaos entonces del caballo, que os esperará allí, y subid a la cumbre de la montaña. Encontraréis a derecha e izquierda una multitud de piedras negras y oiréis una confusión de voces que, con insultos y amenazas, tratarán de haceros retroceder. No miréis atrás, porque si lo hacéis os convertiréis al punto en una piedra negra como las otras, que son otros tantos caballeros encantados. Si lográis llegar hasta lo alto, allí veréis una jaula, y en ella el pájaro que habla; preguntadle, y él os dirá dónde están el árbol que canta y el agua de oro. Ahora haced lo que os parezca, y que Alá os proteja.

(Continúa en el próximo número)



El baño de la muñeca

Pintado por Iglor



LOS TRES CHANCHITOS

Había una vez tres chanchitos que se fueron por el mundo a buscar fortuna. El primero encontró a un hombre que llevaba un haz de paja y le dijo:

—Buen hombre, dame esa paja para construirme mi casa.

El hombre le dió la paja y el chanchito se construyó con ella una casa.

No tardó el lobo en llegar y llamando a la puerta, gritó:

—Chanchito, chanchito, déjame entrar.

Pero el chanchito le respondió:

—No, por mis barbas.

Entonces el lobo replicó:

—Pues bien, daré resoplidos, aullaré y aplastaré tu casa.

Y se puso a resoplar y a aullar y aplastó la casa, y se comió al primer chanchito.

El segundo chanchito encontró un hombre que llevaba una carga de ramas espinosas, y le dijo:

—Buen hombre, dame esas ramas espinosas, para construirme una casa.

El buen hombre le dió las espinas y el chanchito se construyó su casa.

No tardó el lobo en llegar y dijo:

—Chanchito, chanchito, déjame entrar.

—No, no, por mis barbas.

—Pues bien daré resoplidos, aullaré y aplastaré tu casa.

Y se puso a resoplar y a aullar y aplastó la casa y se comió al segundo chanchito.

El tercer chanchito encontró un hombre con una carga de ladrillos, y le dijo:

—Buen hombre, dame esos ladrillos para construirme una casa.

El hombre le dió los ladrillos y con ellos se construyó una casa bien resistente.

De nuevo llegó el lobo y dijo:

—Chanchito, chanchito, déjame entrar.

—No, por mis barbas.

Entonces daré resoplidos, aullaré y aplastaré tu casa.

Y se puso a resoplar, aulló, resopló y volvió a resoplar, y aulló y aulló, pero no pudo aplastar la casa.

Por fin se detuvo y dijo al chanchito:

—Yo sé dónde hay un lindo campo de nabos.

—¿Dónde?—preguntó el chanchito.

—Allá abajo, en el terreno del herrero. Si estás listo mañana por la mañana iremos juntos a buscarlos y los traeremos para nuestra cena.

—Bueno—dijo el chanchito. ¿A qué hora?

—¡Oh! a las seis de la mañana.

Pero el chanchito se levantó a las cinco y corrió a buscar los nabos antes que el lobo se hubiese levantado. Y cuando el lobo llegó gritando:

—¿Chanchito, chanchito, estás listo?

—¿Listo? Si hace un rato que volví y los nabos están casi cocinados.

El lobo se enojó mucho, pero pensó que ya encontraría el medio de acabar con el chanchito y sólo dijo:

—Chanchito, yo sé donde hay un hermoso manzano lleno de manzanas maduras.

—¿Dónde?—preguntó el chanchito.

—Allá abajo en el jardín del señor cura; y si quieres darme tu palabra, vendré a buscarte mañana a las cinco de la mañana para que vayamos.

El chanchito no dijo nada; se levantó a las cuatro y corrió a buscar las manzanas; esperando estar de vuelta antes de la llegada del lobo; pero se estuvo mucho para subir al árbol, de manera que cuando justamente iba a descender del árbol vió llegar al lobo. Este le dijo:

—¡Qué es eso! ¿Ya estabas aquí? ¿Están maduras las manzanas?

—Por supuesto—respondió el chanchito. Pruébalas.

Y tiró tan lejos la manzana, que mientras el lobo fué a recogerla, el chanchito saltó al suelo y corrió a su casa.

Al día siguiente el lobo vino de nuevo y dijo:

—Chanchito, ¿vamos esta tarde al mercado de la villa?

—Bueno, contestó el chanchito. ¿A qué hora?

—A las tres de la tarde.

Como de costumbre, el chanchito partió mucho antes de la hora



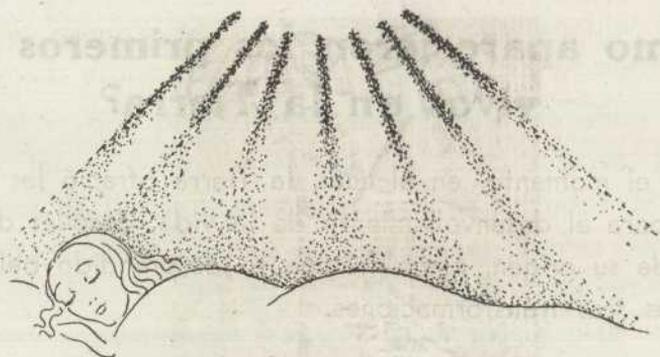
señalada; fué al mercado y compró una máquina de hacer mantequilla y venía rodándola hacia su casa, cuando vió venir al lobo. Entonces se metió entre la máquina y la hizo rodar por la cuesta, con tanta velocidad, que el lobo salió huyendo hacia su casa. Más tarde fué a la casa del chanchito y le contó del miedo que había tenido con una cosa redonda, muy grande, que se había encontrado que rodaba sola por la cuesta.

El chanchito se echó a reír y dijo:

—¡Era yo! ¿Con que te metí miedo?

Entonces al lobo le dió tal cólera, que trató de bajar por la chimenea para comerse al chanchito. Pero éste se apresuró a poner una gran olla de agua al fuego, y cuando el lobo venía para abajo, quitó la tapa a la olla y el lobo cayó en el agua hirviendo.

El chanchito volvió a tapar la olla y allí se cocinó bien el lobo y a la hora de la cena el chanchito se lo comió.



ANOCHЕ CUANDO DORMIA

Antonio Machado

Anoche cuando dormía
soñé ¡bendita ilusión!
que una fontana fluía
dentro de mi corazón.

Dí: ¿por qué acequia escondida
agua, vienes hasta mí,
manantial de nueva vida
en donde nunca bebí?

Anoche cuando dormía
soñé ¡bendita ilusión!
que una colmena tenía
dentro de mi corazón;
y las doradas abejas
iban fabricando en él,
con las amarguras viejas,
blanca cera y dulce miel.

Anoche cuando dormía
soñé ¡bendita ilusión!
que un ardiente sol lucía
dentro de mi corazón.
Era ardiente porque daba
colores de rojo hogar,
y era sol porque alumbraba
y porque hacía llorar.

Anoche cuando dormía
soñé ¡bendita ilusión!
que era a Dios lo que tenía
dentro de mi corazón.

¿Cómo aparecieron los primeros seres vivos en la Tierra?

Llegó el momento, en el cual, la Tierra ofreció las condiciones propicias para el desenvolvimiento de la vida, después de haber sufrido, desde su origen, como fragmento desprendido del Sol, transformaciones tras transformaciones.

Se cree que en lagunas poco profundas y en las costas cubiertas por aguas calientes aparecieron pequeñísimos corpúsculos gelatinosos, que no habría sido posible observar con los lentes más poderosos que tenemos hoy, y sin embargo, estas fueron las primeras células vivas, y por largos tiempos la única forma de vida existente sobre la Tierra. Pero esas células tenían el poder maravilloso de crecer y desenvolverse; obtenían del agua y del aire lo necesario para su crecimiento.

Cuando una célula había crecido se dividía en dos, las nuevas células crecían y a su tiempo se dividían, y así fueron creciendo y dividiéndose hasta encontrarse millones y millones flotando sobre el agua.

Del crecimiento y división de las células se han formado las plantas y los animales. Todos los seres vivos y aun el hombre son combinaciones de pequeñas células.

Se piensa que las primeras formas de vida debieron ser semejante a plantas porque las plantas pueden vivir con el agua y el aire, y los animales necesitan además, plantas u otros animales para su crecimiento.

Algunos de esos organismos vivientes empezaron a devorar a otros, y esto, dió origen a los animales. Al principio era difícil determinar la diferencia entre las primeras plantas y los primeros animales, pero con el tiempo, éstas fueron siendo más marcadas. Las plantas permanecían en su lugar, mientras los animales podían moverse, y más tarde desarrollaron ojos, nariz, oídos, y después, mucho después, un sistema nervioso, y así, en mejores condiciones, pudieron encontrar el alimento con más facilidad.

Pronto las aguas se vieron habitadas por incontables formas de organismos vivos; y apareció el pez, el rey de los primeros tiempos.

Es probable, que por millones de millones de años, tanto las plantas como los animales vivieran solamente en el agua. Hubo después una época de largas lluvias sucediendo a períodos de sequía. Y cuando las aguas de las lagunas se secaron, las plantas desarrollaron raíces y se sostuvieron en la tierra húmeda. Por primera vez las plantas tenían raíces, y gradualmente llegaron a ser más y más variadas. El clima era caliente y el aire húmedo; un verano perpetuo permaneció por millones de años. La tierra húmeda y fértil del temprano mundo se cubrió de una capa de musgos y de helechos gigantes, y de grandes selvas de tupida vegetación donde había árboles que medían 45 metros de altura.

Por ese entonces se desataron terribles tormentas que destrozaron los bosques, grandes árboles fueron arrancados de raíz, los cuales, cayeron a tierra y se hundieron en los pantanos siendo cubiertos por el agua. Ahí tallos, ramas, hojas, raíces formaron una masa de material vegetal que se aumentaba cada vez, llegando a formar una capa gruesa que se mantenía húmeda debido a que sobre ella se fueron depositando lodo y arena; y sobre esta tierra crecieron nuevas plantas que más tarde se transformaron en capas de materias orgánicas, y así sucesivamente.

Probablemente, durante miles de años, generaciones de generaciones de bosques se sucedieron, y los que desaparecieron constituyeron tierra fértil donde crecieron los siguientes.

Esta capa orgánica alcanzó gran espesor, y en el transcurso de larguísimo tiempo llegó a solidificarse y a oscurecerse hasta transformarse en carbón.

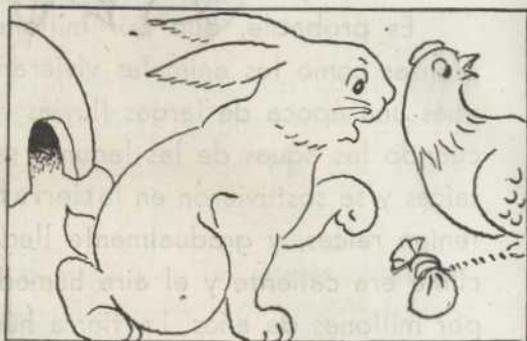
Este carbón, que el hombre descubrió, sirve para calefacción y para combustible de grandes máquinas.

En los pedazos de carbón se observa, a veces, incrustada la forma de las hojas de los helechos gigantes, poniendo en evidencia que el carbón ha sido el producto de la transformación de materias vegetales, entre ellas las provenientes de helechos gigantes que crecieron sobre la tierra hace mucho, muchísimo tiempo.

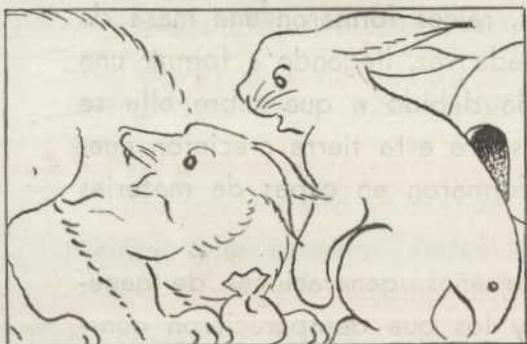
Tío Conejo Comerciante



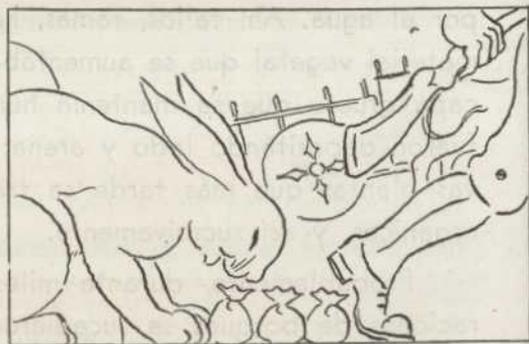
—¡Aquí vengo con la plata!
 —¡Ay, por Dios, Tía Cucaracha,
 ahí viene Tía Gallina,
 escóndase o se la traga!
 (corre a esconderse en el horno
 muy inocente y confiada).



—¿Como está, mi Tía Gallina?
 ya, ya, le doy su carga.
 Pero... ¿no es aquella Tía Zorra
 con su carreta pintada?
 —¡Escóndame, Tío Conejo!
 —¡En el horno, ahí se salva!



—¿Cómo está, mi Tía Zorrita?
 Ya, ya, le doy su carga.
 Pero... Tía Zorra, por Dios,
 Tío Cazador con sus armas
 viene ahí por el camino...
 ¡al horno o me le dispara!



Y de veras disparó
 a la Tía Zorra engañada,
 que ya había devorado
 a la Tía Gallina Blanca,
 la que a su vez se comió
 la pobre Tía Cucaracha.
 El perverso se dejó
 dos carretas y tres platas.

Esta historia nos enseña
 que hay pícaros sin conciencia...
 pero es injusto decirlo
 de las inocentes bestias,
 y del buen animalito
 de las larguitas orejas.

LOS NIÑOS HABLAN



EFRAIN CASTRO ALVARADO

VI Grado - Escuela Cleto González Viques - Heredia

LOS RECURSOS NATURALES

Recursos naturales son los recursos que la naturaleza le brinda al hombre.

Los recursos naturales bien aprovechados se transforman en industria; las industrias son civilización, son progreso.

El campesino que sabe aprovechar esta ayuda de la naturaleza, ayuda a la patria y a sus semejantes.

El hombre que no aprovecha estos recursos y que los destruye es el pie que da un paso más hacia la barbarie.

El hombre que incendia los bosques es un hombre que destruye el porvenir de la patria.

El hombre que no sabe aprovechar las riquezas del fértil suelo es un ser digno de lástima por su ignorancia, o por su poco ánimo para ayudar a su país.

El hombre que conserva estos recursos, que los sabe aprovechar, es un hombre que merece todo elogio, pues es un buen patriota, un hombre que ayuda a civilizar y a enriquecer a su país.

La unión hace la fuerza, el que ayuda a su patria es un grano de arena de los cimientos de la civilización, una piedrecita del muro que es el sostén de todo el edificio.

¡Costarricenses: sed buenos patriotas, conservad los recursos naturales, ayudad a vuestro país!

José Alberto Chen,

V Grado. Escuela Juan Rudín. San José.



Canción de Mayo

LOPE DE VEGA

En las mañanicas
del mes de Mayo,
cantan los ruiseñores
retumba el campo.

En las mañanicas
como son frescas,
cubren ruiseñores
las alamedas.

Ríense las fuentes
tirando perlas
a las florecillas
que están más cerca.

Vístense las plantas
de varias sedas
que sacar colores
poco les cuesta.

Los campos alegran
tapetes varios,
cantan los ruiseñores
retumba el campo.